

# La ayuda cuáquera británica a los exiliados republicanos españoles en los campos de concentración del sur de Francia (1939-1940)

Linda Palfreeman (\*)

(\*) [orcid.org/0000-0003-2413-601X](https://orcid.org/0000-0003-2413-601X). Departamento de Humanidades, Universidad Cardenal Herrera CEU. [palfr.el@uchceu.es](mailto:palfr.el@uchceu.es)

Dynamis  
[0211-9536] 2020; 40 (1): 23-47  
<http://dx.doi.org/10.30827/dynamis.v40i1.15657>

Fecha de recepción: 22 de septiembre de 2019  
Fecha de aceptación: 20 de abril de 2020

**SUMARIO:** 1.—Introducción. 2.—La labor humanitaria de los cuáqueros en durante la Retirada y el éxodo a Francia. 3.—La creación de campos de concentración: condiciones sanitarias infrahumanas. 4.—Los cuáqueros logran entrar en los campos. 5.—La ayuda humanitaria cuáquera en los campos de concentración. 6.—Reducción de la población de los campos de concentración. 7.—Estalla la Segunda Guerra Mundial: repercusiones para los refugiados españoles. 8.—Consideraciones finales.

**RESUMEN:** Cuando, en enero de 1939, el fin de la República se volvió trágicamente inevitable, miles de personas tanto civiles como militares, huyeron al norte, a Francia, en lo que se conocería como la «Retirada». Fueron acompañadas por voluntarios de varias agencias humanitarias, entre las cuales destacaron los cuáqueros británicos. Éstos distribuyeron alimentos y ropa, y proporcionaron ayuda médica a las muchedumbres de refugiados a lo largo del camino hacia la frontera. Los cuáqueros atendieron, por un lado, a las mujeres y los niños que fueron diseminados por la amplia geografía francesa y, por otro, prestaron ayuda a los centenares de miles de refugiados que fueron conducidos a las playas y cercados por alambradas de espino, sin cobijo, ni comida, ni letrinas. Los cuáqueros fueron los primeros en conseguir los permisos necesarios para acceder a los campos de internamiento a fin de paliar, en la medida de lo posible, la magnitud de la tragedia, aportando no solamente los elementos más básicos, como alimentos y ropa, sino también lápices y cuadernos para escribir, así como herramientas y materiales de todo tipo para trabajar. Además, la intervención de los cuáqueros fue decisiva, en muchos casos, para librar de la pesadilla de los campos a numerosos refugiados.

**PALABRAS CLAVE:** refugiados, campos de concentración franceses, Guerra Civil Española, Cuáqueros, ayuda humanitaria, Comisión Internacional para la Asistencia de Niños Refugiados Españoles.

**KEYWORDS:** French concentration camps, Spanish Civil War, Quakers, humanitarian aid, International Commission for the Assistance of Child Refugees in Spain.

## 1. Introducción (\*)

La historiografía sobre la ayuda humanitaria administrada por la *Religious Society of Friends* (cuáqueros británicos) durante la Guerra Civil Española ha aumentado notablemente en los años recientes. A los trabajos seminales de Jim Fyrth y Farah Mendlesohn, hay que sumar obras más recientes enfocadas a aspectos varios de la ayuda prestada<sup>1</sup>. Estos incluyen, por ejemplo, el trabajo de Serra Sala que trata, en detalle, la labor cuáquera llevada a cabo en Cataluña, y el de Howard Kershner que traza la colaboración de los cuáqueros con otras organizaciones humanitarias en España<sup>2</sup>. La ayuda cuáquera también figura prominentemente en la monografía de Gabriel Pretus y la de Mark Derby sobre la neozelandesa Dorothy Morris<sup>3</sup>. Más recientemente, destacan los trabajos de Gemma Caballer Albareda, Alicia Alted, Luiza Iordache, y Xavier García Ferrandis y Àlvar Martínez-Vidal<sup>4</sup>.

---

(\*) Este artículo ha sido financiado parcialmente por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España en el marco del proyecto de investigación «Acciones de socorro y tecnologías médicas en emergencias humanitarias (1850-1950): agencias, agendas, espacios y representaciones» (HAR2015-67723-P [MINECO/FEDER]).

Cabe destacar y agradecer ahora las críticas y sugerencias de las personas participantes en el simposio de Agde (marzo 2019) y el workshop de Barcelona (junio 2019) y, singularmente, las proporcionadas por los informantes anónimos que han evaluado este artículo.

1. Fyrth, Jim. *The signal was Spain. The Spanish aid movement in Britain, 1936-39*. London: Lawrence and Wishart; 1986; Mendlesohn, Farah. *Quaker relief work in the Spanish Civil War*. Madison: Edwin Mellen Press; 2002.
2. Serra Sala, Rosa. *L'ajuda humanitària dels quàquers als infants de Catalunya durant la Guerra Civil*. Universitat de Girona; 2018; Kershner, Howard E. *La labor asistencial de los cuáqueros durante la Guerra Civil española y la posguerra. España y Francia 1936-1941*. Madrid: Siddharth Mehta Ediciones; 2011, p. 7-15.
3. Pretus, Gabriel. *La ayuda humanitaria de en la Guerra Civil española (1936-1939)*. Granada: Comares; 2015; Derby, Mark. *Petals and Bullets. Dorothy Morris. New Zealand nurse in the Spanish Civil War*. Brighton, Chicago, Toronto: Sussex Academic Press/Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies; 2015.
4. Caballer Albareda, Gemma. *Josep Maria Trias Peitx: un català entre els quàquers*. *Revista de Catalunya*. 2018; 301: 41-52; Caballer Albareda, Gemma. *Pour la renaissance des villages abandonnés: Quaker Humanitarian Aid in a France at War*. *Quaker Studies*. 2019; 24 (1). Disponible en: <https://online.liverpooluniversitypress.co.uk/doi/full/10.3828/quaker.2019.24.1.6> Caballer Albareda, Gemma. *Aidez les réfugiés: Josep Maria Trias i Peitx, un home d'acció entre catòlics i quàquers*. *Maçanet de la Selva: Editorial Gregal*, 2020; Alted Vigil, Alicia; Fernández Martínez, Dolores. *Tiempos de exilio y solidaridad: la Maternidad Suiza de Elna (1939-1944)*. Madrid: UNED, 2014; Alted Vigil, Alicia. *Humanitarian aid: From the Spanish Civil War to the early days of post-war Europe*. *Culture & History Digital Journal*. 2019; 8 (2); Iordache Cârstea, Luiza. *'Españoles tras las alambradas. Republicanos en los campos franceses, nazis y soviéticos (1939-1956)'*. *Hispania Nova*. 2019; 1: 19-65; García Ferrandis, Xavier; Martínez-Vidal, Àlvar. La

El presente trabajo comparte el mismo enfoque de algunos de los estudios ya citados, sobre la ayuda humanitaria cuáquera administrada en los campos de concentración franceses al finalizar la contienda española, si bien pretende reflejar las experiencias de primera mano de aquellos cuáqueros individuales involucrados en la administración de esa ayuda<sup>5</sup>. Por medio de testimonios directos de las y los protagonistas de los hechos narrados, así como de la utilización sistemática de egodocumentos (cartas privadas, memorias personales, etc.), se quieren revelar algunas de las fuerzas que los impulsaron, además de mostrar sus propias esperanzas y frustraciones en la lucha para mantener el bienestar de las personas desafortunadas a quienes intentaban ayudar.

Independientemente de sus principios pacifistas, los Amigos (cuáqueros) tienen una larga historia de intervención en situaciones de guerra, no como combatientes sino como socorristas, voluntarios dedicados a ayudar, sobre todo, a poblaciones civiles atrapadas en zonas de conflicto, tal y como lo hicieron, ya con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, en la Guerra de Crimea, las Guerras de Sudáfrica y los Balcanes, y más notablemente durante y después de la Guerra Franco-Prusiana. Durante y después de la guerra de 1914-1918, llevaron a cabo programas de ayuda humanitaria en siete países diferentes, por medio de unos 1800 voluntarios, prestando auxilios por valor de 22 millones de francos-oro<sup>6</sup>.

Con el mismo empeño, los cuáqueros respondieron al estallido de la guerra en España, en 1936. Los cuáqueros británicos colaboraron con otras entidades benéficas, como el *National Joint Committee for Spanish Relief* (NJCSR), en la distribución de ropa y alimentos, en talleres, escuelas y en hospitales y otras instalaciones sanitarias en las zonas republicanas del territorio español<sup>7</sup>.

---

ayuda humanitaria de los British Quakers durante la Guerra Civil española (1936-1939): el caso del Hospital Infantil de Polop de la Marina (Alicante). *Asclepio*. 2019; 71 (1).

5. El término «campo de concentración» es utilizado casi universalmente en los muchos testimonios orales y escritos de los exiliados españoles, además de por las propias autoridades francesas de la época. Véase, por ejemplo, Mirón González, Rubén. *Asistencia y condiciones sociosanitarias de los exiliados españoles en el sur de Francia, 1936-1945*. Madrid: Ministerio de Sanidad: Consumo y Bienestar Social; 2019.
6. X.Y.Z. *El socors quàquer i els refugiats espanyols*. *Quaderns d'estudis polítics, econòmics i socials*. 1945; 9: 19-21.
7. Los cuáqueros vieron frustradas sus pretensiones de neutralidad al estar excluidos de las zonas franquistas del país, véase Mendlesohn, n. 1. Para más sobre esta cuestión, véase, también, Pretus, n. 3.

La actividad de los cuáqueros en la Guerra Civil Española fue iniciada por la pareja cuáquera británica-estadounidense Alfred y Norma Jacob. Los Jacob fueron a España en el verano de 1936, poco después del estallido de la guerra civil, con la intención de establecer una misión cuáquera, así aprovechándose del nuevo clima de tolerancia religiosa que se había desarrollado después de la elección (en febrero de 1936) de un gobierno de coalición de izquierdas, el Frente Popular. Los Jacob abrieron una misión cuáquera en Barcelona, que en ese momento estaba en territorio republicano y aún lejos del frente. Pronto, sin embargo, la ciudad se vería inundada por refugiados huyendo de las regiones ocupadas por los rebeldes nacionalistas y la misión cuáquera se convirtió en una estación de alimentación para niños. Ello se convertiría en el eje central de la ayuda cuáquera en España. La financiación de la instalación provenía del *Friends' Service Council* (FSC). Los cuáqueros británicos colaboraron con la *Save the Children International Union* (SCIU), que ya había establecido varios comedores y hospitales infantiles en zonas republicanas de España después del estallido de la guerra. En 1936, la SCIU envió a Miette Pictet, una experta en salud infantil suiza, a España para coordinar el trabajo de ayuda.

Mientras que Barcelona era el dominio del FSC británico y las organizaciones cuáqueras más pequeñas de Dinamarca y Noruega, el núcleo del trabajo de ayuda de los cuáqueros estadounidenses en España se establecería a principios de 1937 en la ciudad de Murcia, en el suroeste de España. Miles de refugiados habían huido hacia ella después de que las fuerzas rebeldes avanzaran por Andalucía. Con la ayuda de los cuáqueros, el baronet británico Sir George Young había establecido varias estaciones de alimentación y hospitales infantiles en la región. Cuando la disminución de sus fondos amenazó su existencia continua, la American Friends Service Committee (AFSC) se hizo cargo de sus finanzas y funcionamiento<sup>8</sup>. Murcia seguiría siendo la capital de la Misión Española de Alimentación Infantil de la AFSC hasta el final de la guerra, aunque esta sección del socorro cuáquero también apoyó parte del trabajo en Barcelona.

En 1938, varios gobiernos (mayoritariamente europeos) colaboraron para establecer la Comisión Internacional para la Asistencia de Niños Refugiados

---

8. Palfreeman, Linda, *Aristocrats, Adventurers and Ambulances: British Medical Units in the Spanish Civil War*, Eastbourne: Sussex Academic Press, 2014.

en España (CI)<sup>9</sup>. Posteriormente, tanto la AFSC como la FSC asumieron la tarea de distribuir grano y otras ayudas en España para la Comisión Internacional. Desde mediados de 1938 en adelante, la Comisión también financió el centro de la FSC en Barcelona, otorgándole, así, un estatus oficial tanto a nivel nacional como internacional. Poco antes del final de la guerra, el cuáquero Howard Kershner, un hombre de negocios de Nueva York, se hizo cargo de la coordinación de todo el trabajo de ayuda de la AFSC, a la vez que ejercía de Director de Ayuda para la Comisión Internacional en España. Tras el colapso final de la República y la caída de Barcelona el 26 de enero de 1939, los cuáqueros, bajo el liderazgo de Kershner, dedicaron sus esfuerzos a socorrer a los miles de refugiados españoles en campos de concentración en Francia.

El traslado a Francia cambió la naturaleza del trabajo de ayuda. Trabajadores británicos y americanos unieron fuerzas con el Comité Internacional, para suministrar ayuda. Con ocho trabajadores, dos automóviles y dos camiones pequeños, el FSC distribuyó ayuda por valor de casi un millón y medio de francos a las mujeres y niños en campos dispersos por Francia<sup>10</sup>. Kanty Cooper, Barbara Wood y Lucy Palsler trabajaron con las mujeres y niños en los varios departamentos franceses mientras Francesca Wilson, Audrey Russell, Frida Stewart, Dorothy Morris y Mary Elmes se esforzaron por mejorar las condiciones en los campos de hombres donde se distribuyó ayuda por un valor de otro millón y medio de francos.

## 2. La labor humanitaria de los cuáqueros durante la Retirada y el éxodo a Francia

«Cuando llegó, parecía imposible, increíble, impensable. Aunque todos lo habíamos temido en secreto durante los últimos seis meses, aunque la maravilla de la tenacidad y el coraje españoles lo habían evitado una y otra vez, hasta que la resistencia ya no parecía humanamente posible, cuando llegó, simplemente no pudimos asimilarlo: el desastre de la derrota republicana»<sup>11</sup>.

---

9. La cuáquera británica Edith Pye tuvo mucho que ver con la creación de esta organización. Para más detalles, véase Holmes, Rose. *Make the Situation Real to us without Stressing the Horrors*. In: Paulman, Johannes (ed.), *Humanitarianism and Media 1900 to the Present*. New York: Berghahn; 2019, p. 78.

10. Mendlesohn, n. 1, p. 225.

11. Stewart, Frida. *Memoirs* [inéditas], p. 174. Archivo particular de la autora.

Cuando, en enero de 1939, el fin de la República se volvió trágicamente inevitable, miles de individuos, tanto civiles como militares, huyeron al norte, a Francia, en lo que se conocería como «la Retirada». Aquella marchadesesperada comprendía mujeres, ancianos, niños, soldados, incluidos discapacitados, que «huían empujados por el miedo físico o psicológico de los últimos momentos de una guerra perdida»<sup>12</sup>. Aunque es imposible enumerar con certeza a los individuos que cruzaron la frontera francesa, Grégory Tuban indica que la cifra más fiable (aunque posiblemente algo conservadora) se encuentra en un informe del *préfet* de los Pirineos Orientales, que habla de un torno a unos 480.000 refugiados<sup>13</sup>. Les acompañaban miembros de las varias organizaciones de ayuda humanitaria que habían estado trabajando en Barcelona, destacando los cuáqueros<sup>14</sup>. Inicialmente, éstos se dividieron en dos unidades distintas. Una se quedó cerca de la capital catalana, en previsión de que un último intento republicano a la resistencia tuviera éxito<sup>15</sup>. Sin embargo, cuando se vió que todo estaba perdido, ambas secciones se unieron cerca de la frontera francesa, y todos centraron sus esfuerzos en socorrer a los refugiados en su camino hacia el exilio, suministrando comida caliente y atención médica en instalaciones improvisadas al lado de las carreteras. Los convoyes de camiones distribuyeron comida y leche tanto en el lado español como en el lado francés de la frontera<sup>16</sup>.

Se calcula que lograron distribuir 200.000 raciones de comida caliente<sup>17</sup>. Las autoridades francesas, totalmente desprevenidas ante semejante diluvio humano, cerraron sus puestos fronterizos, dejando a miles de personas al raso varias semanas, con sus días y sus noches, bajo una lluvia torrencial y temperaturas heladoras. La cuáquera Edith Pye escribió desde Perpiñán:

---

12. Alted, Alicia. La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939. Madrid: Aguilar; 2005, p. 42-43.

13. Tuban, Grégory. Camps d'étrangers: le contrôle des réfugiés venus d'Espagne (1939-1944). París: Nouveau Monde Éditions; 2018, p. 33.

14. Los orígenes de la Sociedad Religiosa de Amigos (o cuáqueros se remontan a la Inglaterra del siglo XVII. Precursores del abolicionismo de la esclavitud, los cuáqueros tienen justo renombre por su antibelicismo y por su compromiso con la ayuda humanitaria.

15. En España, como en la Primera Guerra Mundial, los cuáqueros británicos y norteamericanos unieron sus esfuerzos con el objetivo de maximizar la eficacia de la ayuda suministrada.

16. Friends' Service Council. Quaker Service in Spain, 1936-1940. Friends' House Library, Londres; FSC/R/SP/5. Véase asimismo el informe de los cuáqueros americanos: Annual Report – 1939. Filadelfia, American Friends Service Committee [1940], p. 20-24.

17. Mendlesohn, n. 1, p. 111.

«Es una tragedia realmente terrible. Estamos ante un bloque compacto de refugiados, de todas las edades, soldados heridos (...) [que] han pasado la noche de pie, como se viaja en el metro en horas punta (...) Esta pobre gente no tiene refugio ninguno: ha estado lloviendo a cántaros toda la noche y puedes imaginar cómo ha sido»<sup>18</sup>.

La frontera francesa se abrió a mujeres, niños y ancianos el 28 de enero de 1939. La marea de refugiados tenía ahora cincuenta kilómetros de largo, extendiéndose desde la Junquera en el lado español hasta Le Boulou y Argelès en el lado francés. Según contaba el corresponsal del *Daily Telegraph*, «Hay al menos 15.000 refugiados esperando cerca de Bourg-Madame y otros 15.000 se encuentran en las inmediaciones de Le Perthus»<sup>19</sup>. Día y noche, la extraña procesión de personas, animales y carretas avanzaba lentamente hacia el suelo francés. Para el 2 de febrero, más de 100.000 habían entrado al país. El día 5 de febrero, la frontera se abrió finalmente a los soldados del derrotado ejército republicano, y más de 250.000 de ellos pasaron desarmados a la (relativa) seguridad de Francia. La frontera hispano-francesa quedó cerrada el 15 de febrero 1939, con la llegada de las tropas franquistas.

A pesar de que el gobierno francés había tenido tiempo para planificar la eventualidad, no fue capaz de prever el número de refugiados que tendría que manejar. Se hicieron provisiones para aproximadamente 15.000 hombres, sin ninguna contingencia para mujeres, niños o ancianos. Aunque los campesinos franceses ofrecían comida y consuelo a los recién llegados más afectados, no había servicios médicos o centros de descanso disponibles para las personas agotadas por el viaje. Francisco Guerra ofrece datos sobre los escasos dispositivos sanitarios franceses ubicados en los puestos fronterizos. Por ejemplo, en Cerbère, había «2 médicos higienistas, 3 médicos militares, 5 médicos civiles y 3 enfermeras que atendían a los enfermos y heridos; allí se recibieron unos 5.000 heridos, aparte de 11.116 civiles y unos 20.000 soldados»<sup>20</sup>.

- 
18. Carta de Edith Pye a Hilda Clark, 29 Ene 1939. Archivo de Hilda Clark, Friends' House Library, Londres; TEMP MSS 301, ASF.
  19. Corresponsal especial. France Opens Frontier to Civilian Refugees. *Daily Telegraph*. 28 Ene 1939.
  20. Guerra, Francisco. La medicina en el exilio republicano. Madrid: Universidad de Alcalá; 2003, p. 196. Para los enfermos y heridos necesitados de hospitalización, las autoridades francesas habilitaron el antiguo Hôpital Saint-Jean (el hospital civil de Perpiñán) y hasta cuatro barcos hospital que permanecieron atracados en los puertos de Marsella i Port-Vendres. Véase: Mirón González, Rubén. Asistencia sanitaria entre camarotes. Los barcos hospitales del exilio. VI Encuentro Internacional. Jóvenes investigadores en Historia Contemporánea. Zaragoza, 6-8 septiembre de 2017.

Los hombres fueron dirigidos a campos de internamiento, que no eran sino vastos espacios abiertos a lo largo de la costa, rodeados de alambre de espino. Allí, en las playas del Rosellón, fueron abandonados a su suerte, pues, inicialmente, a las agencias de ayuda se les negó la entrada a los campos.

A las mujeres, los ancianos y los niños les fue algo mejor. Más de 200.000 de ellos fueron transferidos hacia el interior del país y acogidos en cientos de localidades diferentes. La recepción fue muy dispar en unos sitios y otros dependiendo, más que de los recursos existentes, de la hospitalidad de los vecinos y, sobre todo, de la afinidad ideológica de las autoridades. Los cuáqueros encontraron 2.000 de tales centros, esparcidos por toda Francia, que albergaban desde media docena de refugiados hasta dos o tres mil<sup>21</sup>. Los refugiados acogidos en las colonias mejor organizadas fueron alimentados bien, con comidas nutritivas, y los niños pudieron asistir a la escuela y aprender el francés. Lamentablemente, ello estaba lejos de ser la regla general. En otros destinos las condiciones eran poco mejores que las de los hombres, con un alojamiento pobre, comida insuficiente y atención médica inadecuada. Las mujeres estaban sujetas a una constante presión por parte de las autoridades francesas para regresar a la España franquista, algo que les provocó verdadero pánico. A la presión psicológica se unió el aislamiento social, en parte causado por la dificultad de idioma. Las mujeres se sentían aún más angustiadas por haber sido brutalmente separadas de sus parejas, aunque la Dra. Audrey Russell mitigaba, en cierta medida, las acciones de los guardias:

«Muchas veces su aparente inhumanidad no es más que una falta de imaginación. Las guardias arrebataron de los brazos de los hombres a sus esposas e hijos, diciendo que les enviarían a lugares donde tendrían techo sobre sus cabezas. Deberían de haberlo explicado a través de los altavoces. Los refugiados no son ganado. Se les deben explicar los planes: así cooperarán»<sup>22</sup>.

---

Disponible en: <https://historiazgz2017.files.wordpress.com/2017/05/m2-gonzc3a1lez-y-mirc3b3n-asistencia-sanitaria-entre-camarotes.pdf>

21. Kershner, Howard. *Quaker Service in Modern War*. New York, Prentice-Hall; 1950, p. 30. Mirón-González ofrece datos similares: cerca de 210.000 mujeres, niños y ancianos distribuidos por todo el país en más de 1.550 centros de alojamiento. *Mirón*, n. 5, p. 176. Para un acercamiento más detallado a la acogida a la población civil, véase: Mirón-González, Rubén; González Canalejo, Carmen. La situación sociosanitaria de los refugiados civiles españoles en Francia, marzo-junio de 1939. *Dynamis*; 2019; 39: 429-452.
22. Wilson, Francesca. *In the margins of chaos. Recollections of relief work in and between three wars*. London: John Murray; 1922, p. 223.

### 3. La creación de campos de concentración: condiciones sanitarias infrahumanas

Después de esta primera etapa «de urgencia», con la creación de los campos de recepción, se establecieron campos más permanentes a lo largo de las playas de Argelès-sur-Mer, St. Cyprien y Barcarès. Estos, no obstante, ofrecían poco más que sus predecesores en cuanto a instalaciones, siendo, otra vez, extensiones de arena cercadas por el habitual alambre de espino. Los vientos feroces y las temperaturas extremas exacerbaban aún más la precariedad de las condiciones. Tras el calor abrasador del día, la temperatura nocturna bajaba drásticamente cuando los fuertes vientos marinos azotaban la arena, y, como muy pocos refugiados tenían el lujo de un cobijo con techo, no era inusual, por las mañanas, que los hombres encontraran a varios de sus camaradas muertos por congelación.

El primer campo, que se abrió el 5 de febrero, fue el de Argelès-sur-Mer. Además de la escasez general de refugios, no había instalaciones sanitarias o de cocina. Esto último importaba poco, ya que, durante los primeros diez días, los únicos alimentos que recibían fueron pan y agua.<sup>23</sup> Al ser el primero, fue el menos preparado de todos los campos. David Scott, del *News Chronicle*, declaró: «es una burla bastante cruel llamarlo Campo. La palabra “campo” implica refugio, y solo una pequeña minoría de los 100.000 refugiados en Argelès tienen algún tipo de techo sobre su cabeza»<sup>24</sup>.

Un problema grave era la falta de letrinas, lo que significaba que los hombres estaban obligados a usar la playa para sus necesidades, agregando así una insoportable suciedad al frío, el hambre y la sed que debían soportar. El agua no era apta para el consumo, ya que se bombeaba de pozos subterráneos a pocos metros por debajo de la arena y cerca de las áreas utilizadas como letrinas y depósitos de basura. Quienes la bebían cayeron presas de la diarrea y la disentería y no pasó mucho tiempo antes de registrarse el primer caso de fiebre tifoidea. La única instalación médica para los miles de internos

---

23. Rodd, Peter. Notes on the measures taken by the French authorities for the reception of Spanish refugees. In: Holloway, Kerrie. *Britain's Political Humanitarians: The National Joint Committee for Spanish Relief and the Spanish Refugees of 1939*. Queen Mary University of London; 2017 [consultada 31 Ene 2020]. Véase el capítulo 2, titulado «The Flight to France and Concentration Camps: the NJC and the Spanish refugees». Disponible en: <http://www.albavolunteer.org/wp-content/uploads/2016/12/HollowayKerrie-Watt.pdf>

24. Scott, David. *Pitiful Scenes at Argelès: We Must Get Help*. *News Chronicle*, 9 Feb 1939. Citado en Holloway, n. 26.

de Argelès era una enfermería de campaña con piso de arena y en la que no había un banco donde sentarse. Hubo tal falta de provisión médica que los apósitos debían reutilizarse repetidamente.

Alicia Alted reproduce las palabras de Teresa Gracia, una niña española recluida con su madre en el campo de concentración de Argelès:

«Los retretes eran pequeñas casetas y por un tubo salían los excrementos hacia el mar. Luego bebíamos de ese agua y venían las diarreas, sobre todo en los niños. No había ningún cuidado médico. Había una mujer enferma de diabetes a quien no le daban nada, pero ella tenía un tesoro: unas tijeras con las que abría a los niños las llagas de la sarna. La sarna empieza con unos granitos exteriores y luego los ácaros se meten por debajo de la piel y forman ampollas y esas ampollas las abría con las tijeras y vaciaba todo el líquido y luego lo limpiaba con agua del mar. Y esa fue la cura que tuve durante un año»<sup>25</sup>.

Los trabajadores humanitarios informaban a las autoridades francesas sobre aquellos centros donde se requería una asistencia sanitaria urgente. Mientras tanto, las epidemias de sarna, tos ferina, sarampión, neumonía, gripe y fiebre tifoidea proliferaban. Ante estos casos, explica Mirón-González, los inspectores departamentales de higiene alegaban que eran enfermedades traídas de España o causadas por las malas condiciones en las que llegaron, sin mencionar el hacinamiento y la falta de higiene de los lugares en que ahora se encontraron obligados a vivir<sup>26</sup>. En cuanto a la salud de los recién llegados a los campos, los informes sanitarios franceses indican:

«el 100 por ciento de los exiliados internados en los campos de concentración tenían pediculosis, tanto piojos como ladillas. Entre el 30 y el 40 por ciento de los internados en el Hôpital de Saint-Jean de Perpignan procedentes de los campos de concentración tenían sarna. Las infecciones cutáneas, como la forunculosis, eran frecuentes, pero en cambio eran raras y antiguas las enfermedades venéreas»<sup>27</sup>.

Las condiciones en los campos propiciaron la rápida evolución de las epidemias, principalmente la disentería y la neumonía. Guerra apunta que

---

25. Alted, Alicia. El exilio republicano español de 1939 desde la perspectiva de las mujeres. *Arenal. Revista de historia de las mujeres*. 1997; 4 (2): 223-238. Disponible en: [http://clio.rediris.es/exilio/mujerex/mujeres\\_exilio.htm](http://clio.rediris.es/exilio/mujerex/mujeres_exilio.htm)

26. Mirón, n. 5, p. 190.

27. Guerra, n. 23, p. 198.

hubo 78 muertos por disentería hasta el 8 de abril 1939<sup>28</sup>. También se extendieron rápidamente la fiebre tifoidea, la tuberculosis, la sarna, el escorbuto, la lepra y, por causa del viento y la arena, la conjuntivitis<sup>29</sup>. A las enfermedades físicas se sumaban los trastornos nerviosos depresivos. Alted nota que «había una palabra que resumía la psicosis del encierro y del viento que impregnaba todo de arena: “arenitis”»<sup>30</sup>.

Argelés se llenó hasta desbordarse casi de inmediato, y dos días después se construyeron los campos en las playas de St. Cyprien, y luego los de Barcarés más al norte. Al igual que en Argelès, en St. Cyprien no hubo cobertizos durante varios meses, aunque algunos hombres pudieron construir refugios rudimentarios utilizando juncos que crecían junto a la orilla, así como trozos de madera, mantas y la carrocería de los vehículos abandonados que se encontraron en las inmediaciones del campo. Durante varias semanas, este campo también estuvo sin letrinas y la higiene era indescriptiblemente pobre. Plagados de piojos y debilitados por las diarreas y la desnutrición, muchos sucumbieron a enfermedades como la fiebre tifoidea que infectó a más de mil refugiados y causó más de 190 muertes<sup>31</sup>. La aristócrata británica, escritora y activista social Nancy Cunard describe lo que vio en una visita al campo de St. Cyprien:

«La escena allí es más o menos igual que en Argelés. Una entra en medio de una confusión de automóviles y camiones rotos. Hay archivos de oficina, herramientas, piezas de aviones, maquinaria y similares por doquier ... [H]ay burros muertos en todas partes; esta noche los más afortunados los comerán en el campo. Yo veía cómo se estaba haciendo un estofado»<sup>32</sup>.

Gracias a la imposición de una estricta (cuando no brutal) disciplina militar, los internados consideraban los campos no como un refugio sino como prisión, una percepción reforzada por la actitud de las autoridades francesas<sup>33</sup>. Por ejemplo, Albert Sarraut, ministro de Interior francés, subrayó la necesidad de compensar el deber humanitario hacia los exiliados con el

28. Guerra, n. 23, p. 197.

29. Mínguez Anaya, Adrián Blas. Los campos de Argelés, Saint Cyprien y Barcarés, 1939-1942: arena, viento, frío, hambre, sudor, soledad y muerte de los republicanos españoles. «Memoria viva», Asociación para el Estudio de la Deportación y el Exilio Español, 2012; p. 92.

30. Alted, n. 15, p. 67-68.

31. Guerra, n. 23, p. 197.

32. Cunard, Nancy. Manchester Guardian. 17 Febr 1919.

33. Sobre los castigos e instalaciones disciplinarias en los campos, véase: lordache, n. 4, p. 27-28.

mantenimiento del orden público y la protección de los franceses. Además, afirmó que los refugiados no permanecerían en los campos «más tiempo del necesario para preparar su repatriación o, a su elección, su paso libre de regreso a España»<sup>34</sup>. Así, las autoridades francesas alentaban a los refugiados a volver a España donde, les aseguraban, nada tendrían que temer con respecto al nuevo régimen. Luego, en algunos casos, se llevarían a cabo retornos forzosos<sup>35</sup>.

La comisión de ayuda dirigida por los cuáqueros había estado trabajando en Cataluña desde diciembre de 1937, proporcionando una comida diaria a los niños refugiados. El año siguiente (junio de 1938), la organización se transformó en la Comisión Internacional para la Asistencia de Niños Refugiados Españoles (CI), en gran parte gracias a la iniciativa de la infatigable Edith Pye, integrante de la misión cuáquera británica, y de Paul Sturge, Secretario General del Friends Service Council, con la esperanza de atraer fuertes sumas de dinero para la ayuda provenientes de los gobiernos de distintos estados<sup>36</sup>. Se les unieron el *American Friends Service Committee* (que hasta este momento había trabajado independientemente de los británicos), el *International Civil Service* (de Berna) y la *Save the Children International Union* (de Ginebra). Colaboraron, también, con el *Comité National Catholique de Secours aux Refugiés d'Espagne*, una organización humanitaria creada en febrero de 1939 y dirigida por el catalán Josep Maria Trias Peitx<sup>37</sup>.

Con el respaldo del Gobierno británico, la CI extendió su trabajo de socorro a todos los refugiados en los campos de concentración, con la excepción de los hombres en edad militar<sup>38</sup>. Los trabajadores de la CI (mayoritariamente, pero no exclusivamente, cuáqueros) cumplían una doble tarea: suministraban ayuda en la forma de comida, ropa etc., y (como veremos) también apoyaban los varios proyectos de autoayuda iniciados por los propios refugiados. Además, remediaron los abusos y ayudaron a los funcionarios franceses a superar el miedo y la aversión que habían sido su primera reacción a esta ola «invasora de desplazados».

---

34. Tuban, n. 16, p. 59. Las declaraciones de Sarraut aparecieron en *La Dépêche* el 2 de febrero de 1939.

35. *Alted*, n. 28.

36. *Holmes*, n. 12.

37. Caballer Albareda, 2019, n. 4.

38. Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, cambiaría el nombre de nuevo, a *International Commission for the Assistance of Child Refugees*, indicando que la organización extendía su ayuda humanitaria a niños de otras nacionalidades.

#### 4. Los cuáqueros logran entrar en los campos

Los cuáqueros fueron los primeros en obtener los permisos necesarios para acceder a los campos. La doctora Audrey Russell escribió: «Quería cubrirme los ojos, era un espectáculo que hería la dignidad humana (...) hombres encerrados en jaulas como animales salvajes, o como el ganado en la plaza del mercado»<sup>39</sup>. Entrar en los campos fue solo el primer obstáculo. Russell se quejó de que perdía al menos dos días a la semana intentando convencer a los funcionarios de que era «una persona digna de disponer de un permiso»<sup>40</sup>.

Un reportaje en la revista francesa *L'Écho des amis* reconoce la ayuda prestada por los cuáqueros quienes, bajo la dirección de Edith Pye, «proporcionaron camillas, camas, medicamentos, leche condensada, etc.»<sup>41</sup>. Además de distribuir ayuda en forma de comida, ropa y mantas, los cuáqueros trabajaron para facilitar las relaciones entre los reclusos y los guardias. Según Blas (2012), la Cruz Roja Francesa jamás entró en ninguno de los campos de refugiados a socorrer a los republicanos españoles: «Después de transcurrir varias semanas viviendo con lo que habían logrado pasar por la frontera y lo que le suministraban las autoridades francesas, la única ayuda material humanitaria que recibieron [...] de una organización internacional, fue la de los cuáqueros»<sup>42</sup>.

The *National Joint Committee for Spanish Relief* (NJC) formaba parte del *Comité International de Coordination et d'Information Pour l'Aide a L'Espagne Républicane*. Este organismo funcionó a lo largo de la guerra y ahora centraba sus esfuerzos en socorrer a los refugiados españoles, proporcionando alimentos, leche y suministros sanitarios, además de ofrecer un servicio de búsqueda y de reagrupamiento de familias. En mayo de 1939, emitió un memorando especial, que circuló internacionalmente, informando a la gente de cómo podían proporcionar ayuda a los internados en los campos de concentración franceses. Para los reclusos en campamentos militares, se podrían distribuir paquetes individuales. Una donación de 40 francos podría proporcionarle a un refugiado:

---

39. Wilson, n. 25, p. 223.

40. Carta de Audrey Russell al Friends' Service Council, 9 mar 1939, Friends' House Library, Londres; FSC/R/SP/3/4.

41. *L'Écho des amis*, Abr 1939; 126: 10; Caballer Albareda, 2019, n. 6.

42. Blas, n. 32, p. 123.

«una camisa, un calconcillo, dos pares de calcetines, dos pañuelos, un cepillo de dientes, pasta de dientes, una maquinilla de afeitarse y cinco cuchillas, una pieza de jabón de tocador, una pieza de jabón de Marsella, 40 gramos de tabaco con papel de liar, 10 hojas de papel de escribir, 10 sobres, un lápiz, una lata de leche condensada y un kit de costura»<sup>43</sup>.

El memorándum declaró, además, que una donación de 140 francos permitía la compra, para un refugiado, de un traje completo y un par de zapatos. También se pedían donaciones para mujeres y niños, ancianos y enfermos en los campamentos civiles, para comprar bienes como alimentos y vitaminas, ropa y zapatos, ropa de cama, sábanas y productos de higiene personal, además de suministros médicos.

Los voluntarios no perdieron tiempo en denunciar las condiciones en los campos a la prensa. Una carta publicada en el *Sunday Times*, por ejemplo, declara:

«Uno puede imaginar los resultados de confinar a 90.000 hombres desmoralizados y agotados en una jaula de alambre de espino de 600 metros por 300, durante quince días sin provisiones sanitarias, sin tiendas de campaña ni ningún otro refugio, excepto los agujeros que pueden cavar en la arena para escapar del viento helado, sin suministros médicos, sin alimentación adecuada ni agua potable, y custodiado por africanos con quienes no pueden comunicarse»<sup>44</sup>.

Pero no todos fueron tan críticos con las autoridades francesas. En sus memorias, tituladas *Margins of Chaos*, la voluntaria británica Francesca Wilson intentaba comprender las dimensiones y las consecuencias de la avalancha de refugiados en estos términos:

«Era fácil para el resto del mundo, que no enfrentaba el mismo problema, criticar la forma en que los franceses lo abordaban. Los hombres, unos 250.000, fueron llevados a campamentos improvisados, principalmente a la orilla del mar, cerca de Perpiñán. El resto, principalmente mujeres y niños, se dispersaron por toda Francia. Fueron alojados en cuarteles, fortalezas o cárceles, y algunos en casas particulares. Las condiciones en todas partes eran primitivas y, en algunos casos, muy malas. El gobierno francés se veía obligado a hacerse cargo de una situación tremenda que ponía a prueba su capacidad de vivienda y su

---

43. Comité International de Coordination et d'Information Pour l'Aide à l'Espagne Républicaine. How to aid the Spanish refugees. Special Memorandum issued for the International Conference. May 13-14, 1939.

44. Carta de Peter Rennell Rodd al Sunday Times, 26 Feb 1939.

presupuesto estatal. El medio millón de refugiados les costaba al menos 40.000£ por día, pero no estaba dispuesto a aceptar dinero de nuestro gobierno (excepto a través de la Cruz Roja para la ropa) porque no querían interferencias. Su intención era enviar a los españoles de vuelta a España lo más rápido posible; pero muchos se negaron a volver»<sup>45</sup>.

## 5. La ayuda humanitaria cuáquera en los campos de concentración

Bajo la dirección de Edith Pye, y con una pequeña flota de dos automóviles y dos camionetas a su disposición, los cuáqueros británicos y estadounidenses comenzaron a recibir y distribuir los primeros suministros de ropa y ropa de cama. Este servicio se extendió cuando, gracias a la colaboración del *Spanish Medical Aid Committee* (SMAC), la Unión de Ingeniería y el *National Joint Committee* (NJC), se envió un convoy de cinco camiones cargados de alimentos, mantas y suministros médicos. Cuando se agotaron los suministros, Audrey Russell convertía los camiones vacíos en dispensarios ambulantes para administrar atención médica, y en comedores móviles para repartir leche, pan y chocolate por los campos. Un escrito publicado anónimamente por unos exiliados catalanes en Perpiñán hace referencia a la importancia de la ayuda prestada por los cuáqueros:

«La obra de ayuda se ha llevado a cabo sobre todo en los campos de concentración y hospitales, donde el plato de arroz de judías o de garbanzos ha sido en muchas circunstancias, el alimento más positivo que han percibido los internados y que les ha permitido soportar las crisis de alimentación. El aporte en medicamentos y material sanitario, así como la organización y equipamiento de laboratorios, maternidades, etc., han permitido dotar a los hospitales y enfermerías de unos medios más eficaces»<sup>46</sup>.

Una vez que el NJC había establecido una sede en Perpiñán, Frida Stewart cuenta cómo ella «movió el cielo y la tierra —en otras palabras, los jefes de nuestro Comité— para ser enviada a Francia como voluntaria»<sup>47</sup>. Stewart ya trabajaba en la recaudación de fondos, en Inglaterra, pero estaba

45. Wilson, n. 25, p. 220-221.

46. X.Y.Z., n. 6, p. 20

47. Stewart, n. 14, p. 176.

ansiosa por suministrar ayuda entre los necesitados en los campos franceses. Escribe en sus memorias:

«esparcidos a lo largo de la Cote de Vermail estaban esos lugares de peste, Batares, Argeles, Saint-Cyprien, cada uno de los cuales albergaba de veinte a treinta mil refugiados en condiciones de extrema miseria (...) Nadie esperaba que los españoles fueran a vivir en la abundancia en Francia, cuando llegaron miles de personas con dos días de anticipación y cruzaron la frontera sin invitación. Pero, una? sí esperaba que se mostrara cierta simpatía y respeto para con estas personas (...) [E]ra impactante ver cómo estaban tratadas por las autoridades que les encerraron en vastos espacios arenosos en la costa árida y ventosa, sin cobijo ninguno, y les dieron una única comida de garbanzos, día tras día»<sup>48</sup>.

En Perpiñán se recibía ayuda material de todo tipo proveniente de diferentes países incluyendo Gran Bretaña, América y Suiza, además de otros lugares de Francia. Pero, al intentar distribuirla en los campos, se enfrentaban a obstáculos. Los funcionarios franceses insistieron en que los artículos se entregasen en paquetes (los famosos «colis de guerre») dirigidos a individuos concretos<sup>49</sup>. Esto significaba que primero debían obtenerse las listas con los nombres de los internados<sup>50</sup>. No obstante, la perseverancia de los voluntarios se veía recompensada por la alegría que provocaba en los destinatarios de los paquetes. El internado Eulalio Ferrer anota en su diario personal:

«de todas mis cartas enviadas en solicitud de ayuda, he tenido hoy una respuesta generosa. Consiste en un paquete que contiene: una toalla, pastilla de jabón, un tubo de aspirinas, una pomada contra la sarna, un frasco con un líquido y un paquete de bicarbonato y una caja de pastillas de clorato de potasa. Remitente: La caquera miss Ada F. Crossey»<sup>51</sup>.

Frida Stewart escribió que «fue pequeño consuelo, en vista de la enorme escala de miseria y desolación, poder llevar algunas cosas para los internados (...) [A]ceptaron las pequeñas ofrendas con entusiasmo, y nuestras camio-

---

48. Stewart, n. 14, p. 179.

49. Véase: Farré, Sébastien, *Les colis de guerre: secours alimentaire et organisations humanitaires, 1914-1947*. Rennes: Presses universitaires de Rennes; 2014.

50. Hill, May. *Red Roses for Isabel: Highlights in the Life of Isabel Brown*. Londres: May Hill; 1982, p. 86-87.

51. Mínguez Anaya, n. 32, p. 114.

netas fueron recibidas como si estuvieran proporcionando lujos ilimitados para todo el campo»<sup>52</sup>.

Los cuáqueros eran particularmente conscientes de que las condiciones carcelarias y la falta de ocupación digna sembrarían el desaliento y llevarían a la desesperación entre los refugiados. Apoyaron las iniciativas de algunos internados encaminadas a combatir la inercia y el pesimismo. Frida Stewart le escribió a su madre que, aunque la gente vivía en refugios con mantas para techos, era increíblemente estoica<sup>53</sup>. A pesar de las terribles condiciones de vida, tales individuos organizaron un amplio programa de actividades: conferencias, coros, grupos artísticos y teatrales y eventos deportivos. Se impartían clases sobre la higiene, la salud y la educación sexual, así como sobre una amplia variedad de otros temas, desde historia y geografía hasta agricultura y mecánica. Las clases de inglés y francés estaban entre las más populares. Se escribían revistas y periódicos murales publicitando las actividades disponibles en el campo e informando sobre las diversas competiciones organizadas.

Durante la primavera de 1939, se inauguraron «barracas de cultura». Una estaba reservada para los artes escénicas donde actuaban los cantantes, músicos y otros intérpretes. En otra, se exponían obras de pintura y escultura, muchas hechas por artistas reconocidos allí internados, como Antonio Rodríguez Luna, Nicomedes Gómez, Josep Bartolí y Josep Franch Clapers. Sus obras son testimonios de la vida dentro de los campos: muestran el hambre, el miedo, el aburrimiento y la esperanza<sup>54</sup>. Las actividades culturales y deportivas mejoraron notablemente la vida de muchos de los internados, pero faltaban materiales. La Comisión Internacional nota que «los estudiantes piden libros, lápices, pizarras, tizas, así como artículos deportivos (...) están decididos no solo a continuar sus estudios, sino también a educar a los analfabetos y a transmitirles a sus compañeros refugiados algo de coraje y esperanza»<sup>55</sup>.

Aquí, la ayuda de los Amigos fue crucial. Proporcionaban libros, cuadernos, papel, lápices, pinceles y otros instrumentos de lectura, escritura y pintura. Uno de los materiales solicitados por los internados fue jabón, no solamente para lavarse, sino para hacer esculturas. Durante muchos años, Stewart atesoraba dos pequeñas esculturas hechas de jabón: uno, la figura de

52. Stewart, n. 14, p. 180.

53. Carta de Frida Stewart a su madre. Perpiñán, 23 Abr 1939.

54. Tuban, n. 16, p. 63.

55. Comité International de Coordination, n. 40, p. 3.

un refugiado luchando contra el viento, el otro, un crucifijo hecho para ella por un soldado republicano<sup>56</sup>. Mary Elmes y Dorothy Morris encabezaron los esfuerzos de los cuáqueros en Perpiñán. Organizaron escuelas y bibliotecas con miles de libros en español, muchos de ellos donados y otros que lograron comprar en librerías de segunda mano en París. Morris le escribió a su familia:

«He organizado a 6 carpinteros en el trabajo de construir armarios para una escuela y hemos montado un taller de costura para las niñas. Han confeccionado unas 100 batas y ahora están cosiendo su propia ropa interior. La escuela ahora está equipada con papelería y pizarra, etc. y hay un suministro de leche para niños.

También hay un equipo de fútbol (...) Algunos de los muchachos recibieron permiso del comandante para ir, la semana pasada, a jugar un partido contra un equipo juvenil en Elna (...) Me rodeaban con tanta alegría que sentía que los 100 francos que costó el balón fueron bien gastados. Lamentablemente su calzado no está a la altura del nuevo fútbol, pero, quizás, eso podamos corregirlo pronto»<sup>57</sup>.

Un boletín titulado *Ayuda* que circulaba en el campo de Saint Cyprien, da fe de la ayuda prestada:

«Como noticia más destacada queremos comunicar a nuestros compañeros, y a aquellos que nos leyeren, nuestra prueba de gratitud inmensa y sincera hacia los Amigos Cuáqueros. Esta institución desde su delegación de Perpiñán viene prestando un apoyo a nuestra labor educativa de una importancia extraordinaria.

Unas cifras lo confirmarán: 20.000 cuadernos, 12.000 lápices, 10.000 cuartillas, 10.000 plumillas, 7.000 palilleros, 1.500 gomas, 1.000 tinteros, 50 cajas yeso, 100 métodos de francés, 50 métodos de inglés, 25 diccionarios de francés e inglés. Sus donativos en libros de ciencias, de letras, de arte, de literatura (...) han permitido formar una gran biblioteca»<sup>58</sup>.

En julio de 1939 un colectivo de artistas británicos en Londres donó una cantidad de materiales de arte. De parte de los cuáqueros, Dorothy Morris acordó recibir y distribuirla entre los refugiados internados. Unas semanas más tarde Morris les hizo saber a los artistas británicos que los utensilios

---

56. Stewart, n. 14.

57. Carta de Dorothy Morris a Dorothy Thomson, 26 May 1939, Friends' House Library, Londres; FSC/R/SP/3/4.

58. Mínguez Anaya, n. 32, p. 114.

donados ya habían sido empleados para realizar varias obras de arte, algunas de las cuales —«piezas pequeñas y vendibles con temas no demasiado lúgubres»— serían enviadas a Londres para la venta, recaudando así fondos para sus creadores<sup>59</sup>.

Los cuáqueros prestaron especial atención a las necesidades de salud de las mujeres y los niños que sufrían las penurias de los campos. Dorothy Morris persuadió al comisario del campamento de Argelés para que le permitiera instalar un consultorio de maternidad que ofreciera a las futuras madres algo de comodidad y comida extra durante un mes antes y después del parto. Morris también trabajó con la organización de ayuda suiza *Secours Suisse aux Enfants* para abrir la célebre Maternidad de Elna, donde las madres y los bebés podían recibir cuidados especializados<sup>60</sup>. Se estableció, además, un servicio especial para el cuidado de hombres con discapacidades permanentes<sup>61</sup>. Asimismo, se organizaron talleres de confección de aparatos y calzado ortopédicos, donde algunos de los mutilados colaboraron para facilitar a otros compañeros desafortunados el aparato que necesitaban<sup>62</sup>.

La tercera y última etapa en la acogida a los refugiados vio la construcción de establecimientos permanentes como los campos especializados de Agde, Bram, Gurs y Septfonds. El campo de Agde fue destinado para los catalanes; Gurs acogería vascos, aviadores y miembros de las brigadistas internacionales; Bram estaba reservado para las personas mayores y los intelectuales, como el campo de Montolieu, y Septfonds recibiría técnicos y obreros especializados que podían ser útiles al estado francés<sup>63</sup>.

Los campos especializados fueron mejores en casi todos los sentidos que los anteriores (poblaciones más pequeñas, barracas construidas específicamente, ubicados tierra adentro en lugar de en la playa), sin embargo, las condiciones aún seguían malas. Francesca Wilson describió el campo de Gurs como una enorme ciudad de chozas «indescribiblemente triste». Y agrega en [sus memorias]: «En invierno era un mar de lodo, en verano, árido y seco»<sup>64</sup>.

59. Derby, n. 3, p. 104.

60. Derby, n. 3, p. 113. Sobre la Maternidad de Elna y su fundadora, Elisabeth Eidenbenz, véanse, entre otros trabajos: Alted, n. 6; Castanier i Palau, Tristan. *Femmes en exil, mères des camps. Elisabeth Eidenbenz et la Maternité Suisse d'Elne (1939-1944)*. Canet: Éditions Trabucaire; 2008.

61. Kershner, n. 24, p. 18-19.

62. X.Y.Z., n. 6, p. 20.

63. lordache, n. 4, p. 25.

64. Wilson, n. 25, p. 230.

## 6. Reducción del número de internados en los campos de concentración

Incluso antes de la llegada masiva de republicanos españoles, se aprobaron en Francia diversas medidas legislativas para controlar, vigilar y reprimir a los extranjeros «indeseables». El 14 de abril de 1938, Albert Sarraut, ministro del Interior, había pedido «una acción metódica, enérgica y pronta para librar a nuestro país de elementos indeseables y demasiado numerosos que circulan por allí»<sup>65</sup>. Esta política propició la reducción considerable del número de internados en los campos de concentración desde unos 275.000 internados en febrero de 1939, a 30.000 en abril de 1940<sup>66</sup>. Los españoles que disfrutaban del asilo debían contribuir al «esfuerzo común de defensa nacional». Unos 40.000 españoles fueron empleados en la industria y la agricultura, mientras unos 55.000 se incorporaron a las Compañías de Trabajadores Extranjeros para trabajar en obras públicas, el mantenimiento de carreteras y ferrocarriles, la construcción de fortificaciones y trincheras, etc. Unos 6.000 se alistaron en los Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros (RMVE), unidades militares formadas por extranjeros y afectos a la Legión Extranjera, y hasta 1.000 en esta última. Factores adicionales fueron las repatriaciones a España y la emigración de casi 18.000 españoles a países latinoamericanos y europeos<sup>67</sup>. Para muchos españoles refugiados, aceptar un empleo representaba una oportunidad para salir del campo de internamiento, y para las autoridades francesas una mano de obra barata. Kanty Cooper explica:

«Ya en abril de 1939, los franceses habían comenzado a considerar el uso de refugiados como trabajadores. En ciertos departamentos se emitían permisos de trabajo y se controlaban los salarios. Más tarde, el estallido de la guerra aumentaría la demanda y comenzamos a esperar que se vislumbrara una solución para gran parte del problema de los refugiados»<sup>68</sup>.

Para aquellos individuos y familias que pudieron emprender una vida (aunque precaria) fuera de los campos de concentración, gracias a un trabajo,

---

65. lordache, n. 4, p. 30.

66. Vilanova i Vila-Abadal, Francesc. En el exilio: de los campos franceses al umbral de la deportación. In: Molinero, Carme; Sala, Margarita; Sobrequés, Jaume (eds.). Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo. Barcelona: Crítica; 2003, p. 85-87.

67. lordache, n. 4, p. 28.

68. Cooper, Kanty. The uprooted: agony and triumph among the debris of war. Londres: Quartet Books; 1979, p. 53.

los cuáqueros también aportaron un apoyo, moral y material, valiosísimo. Suministraron leche para los bebés y niños, lotes de víveres para las familias numerosas y más necesitadas, medicamentos, prótesis de boca y distribuciones de ropa en gran cantidad, además de ayuda económica.

Lo que los refugiados temían, sobre todo, era ser devueltos a España, especialmente tras escuchar historias de represión y persecución de los amigos y familiares que habían quedado allí. Todos los días había colas de gente en los puestos de ayuda, suplicando a las instituciones humanitarias que los ayudaran a evitar la repatriación. A Frida Stewart le afectó mucho la situación de los refugiados y el proceso terriblemente lento de ayudarlos. Ella expresó su frustración en cartas a su madre.

«Es desesperante y deprimente que solo podamos sacar la mínima fracción de ellos y me siento muy ineficaz jugueteando con nuestra lista de 5.000. El Ministerio del Interior está siendo increíblemente lento al dar permiso incluso para nuestros 60 nombres (...) Me hace retorcer de ira y vergüenza siempre tener que decir “mañana” cuando nos preguntan: “¿Cuándo iremos?”»<sup>69</sup>.

Para muchos, la alternativa deseada era ser enviados a un país de habla hispana que simpatizara con la República, como México, Chile y República Dominicana. Las varias organizaciones oficiales de ayuda les tuvieron que costear el viaje y contribuir económicamente a su instalación en el país destinatario. En general, estas evacuaciones fueron efectuadas por el Servicio de Emigración de los Republicanos Españoles (SERE) y la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), organismos creados por el gobierno republicano en el exilio. Ambos organismos contaron con la colaboración desinteresada de centenares de comités de ayuda internacionales<sup>70</sup>. Con respecto a la salida de los refugiados de los campos, sin duda la evacuación más exitosa impulsada por los cuáqueros fue la efectuada por el buque *Sinaia* que, en el 24 de mayo 1939, llevó a 2.000 refugiados, desde Sète a Veracruz, a una nueva vida en México. Fue una iniciativa del NJC en colaboración con los cuáqueros, y costeadada desde el Reino Unido, principalmente por los sindicatos.

69. Stewart, n. 14.

70. Véase la colección de ensayos en Mateos, Abdón (ed.). ¡Ay de los vencidos! El exilio y los países de acogida. Madrid: Eneida; 2009.

El campo de Argelès se cerró en agosto de 1939 y sus ocupantes fueron trasladados a Saint Cyprien. Gracias a los esfuerzos de Edith Pye, allí había barracas para hombres casados donde podían vivir con sus esposas e hijos. La comida era adecuada, sino abundante, y cada internado gozaba de cobijo con techo. Sin embargo, los refugiados españoles seguían llegando, con historias desgarradoras de represalias atroces que llevaban a cabo los vencedores nacionalistas; y con el clima político volviéndose cada vez más crispado, su seguridad para nada estaba garantizada en Francia.

## 7. Estalla la Segunda Guerra Mundial: repercusiones para los refugiados españoles

A principios de septiembre de 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial. Gran parte de los fondos de las organizaciones humanitarias, incluyendo los de la Comisión Internacional y del *American Friends' Service Committee* (AFSC), ahora se destinaba a paliar los efectos del que pronto sería reconocido como el conflicto más mortal de la historia. Muchos miles de personas abandonaban los territorios invadidos por los alemanes y su situación inevitablemente desvió la atención, y los fondos de ayuda, de los refugiados españoles. Se decretó, en París, que todos los refugiados españoles que no tenían un trabajo estable en Francia serían repatriados a España independientemente de sus deseos. Esta política fue impulsada en gran medida por la llegada de un creciente número de refugiados de otros países europeos. La Comisión Internacional, aunque se formó para financiar la ayuda a los refugiados españoles, revisó su mandato para tratar con los refugiados de todos los países involucrados en la guerra; y, a finales de 1939, la palabra «España» sería eliminada de su título, que se convirtió en la Comisión Internacional para la Asistencia de Niños Refugiados. La escultora Kanty Cooper, voluntaria con los cuáqueros, relata:

«Apenas nos enteramos de la venida de la Segunda Guerra Mundial. Estábamos trabajando demasiado duro para prestar mucha atención a los titulares de los periódicos o para escuchar la radio. Los franceses que conocimos parecían tan tranquilos, tan seguros de que la guerra era poco probable. Incluso después de que los alemanes invadieron a Polonia el 1 de septiembre de 1939, pensaban que se encontraría alguna solución en el último momento»<sup>71</sup>.

---

71. Cooper, n. 65, p. 54.

El 3 de septiembre, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. Los franceses siguieron su ejemplo y todo el infierno se desató en París. Junto con muchos miles de personas, las agencias humanitarias tuvieron que abandonar la ciudad, interrumpiendo la organización de la ayuda. La actitud de muchos franceses hacia los refugiados españoles se endureció, y algunos, como el mariscal Pétain, ministro de la Guerra francés, reclamó su repatriación inmediata. Algunos prefectos franceses que antes de la guerra toleraban a los refugiados ahora estaban empeñados en repatriarlos. Tenían problemas abrumadores con albergar a la población francesa desplazada de otros departamentos y necesitaban el alojamiento ocupado por los españoles. «Fue fácil entender el dilema francés, pero fue trágico ver el terror absoluto en los españoles, mudos en una tierra extranjera sin poder decir nada en su propio destino» observa Cooper, al presenciar la repatriación de mujeres y niños mayores que estaban «en la lista negra de Franco»<sup>72</sup>.

Entre abril y diciembre de 1939 se fomentaba, entre los refugiados, el regreso a España. Juan B. Vilar apunta que unas 268.000 personas, tanto soldados republicanos como población civil, no implicadas en causas políticas retornaron a la España franquista. Unos 20.000 más regresarían durante la Segunda Guerra Mundial, dejando un total de algunos 182.000 compatriotas exiliados en territorio francés<sup>73</sup>. Existen opiniones diversas sobre la naturaleza de esta vuelta a España. Mientras Javier Rubio, por ejemplo, alega que la mayoría regresó a España por voluntad propia<sup>74</sup>, Scott Soo argumenta que se trataba de «repatriaciones», ya que, aunque algunos volvían voluntariamente, muchos regresaron obligados por las autoridades francesas en contra de su voluntad<sup>75</sup>.

---

72. Cooper, n. 65, p. 56.

73. Vilar, Juan B. El exilio español de 1939 en el Norte de África. In: Abdón, Mateos (ed.). ¡Ay de los vencidos! El exilio y los países de acogida. Madrid: Eneida; 2009, p. 71-72.

74. Rubio, Javier. La emigración de la guerra civil: historia del éxodo que se produce con el fin de la II República Española. Madrid: Editorial San Martín; 1977, p. 126-127.

75. Soo, Scott. Between borders: the remembrance practices of Spanish exiles in the south west of France. In: Altink, Henrice and Sharif Gemie. At the Border: margins and peripheries in Modern France. Cardiff: University of Wales Press; 2007; p. 102; Soo, Scott. The Routes to Exile: France and the Spanish Civil War Refugees, 1939-2009. Manchester: Manchester University Press; 2013. Este autor también subraya las inconsistencias en la implementación de esta política en los distintos departamentos. Para un estudio más audaz, que revela, en detalle, la implementación de la política del regreso forzado, véase: Guixé i Corominas, Jordi. El regreso forzado y la persecución contra los exiliados en Francia. *Historia del Presente*. 2011; 18: 101-112.

Dorothy Morris le escribió a su compañero Richard Rees, ya de vuelta a Londres, que la mayoría de los españoles en su área (Perpiñán) habían sido colocados en puestos de trabajo, reclutados en las fuerzas francesas o repatriados. Sin embargo, un número considerable de ellos todavía necesitaba ayuda. Se encontraban hacinados en los campamentos, al tener que dejar espacio para los nuevos refugiados<sup>76</sup>.

Cuando París cayó ante los nazis el 14 de julio de 1940, la embajada británica ordenó la evacuación que todos sus ciudadanos, y los cuáqueros británicos tuvieron que abandonar el país. A partir de entonces, trabajaban bajo los auspicios de la Comisión Internacional. Cuando la Comisión Internacional se retiró de Francia en julio de 1940, el AFSC asumió nuevamente el trabajo y trasladó su sede principal a Marsella, si bien su personal siguió operando, con permiso de las autoridades alemanas, tanto en la Francia ocupada como en la Francia de Vichy<sup>77</sup>.

## 8. Consideraciones finales

Durante 1939-1940, los cuáqueros distribuyeron ropa y alimentos a unas 73.000 personas internadas en campos y albergues franceses. Enviaron toneladas de lana y miles de metros de tela para las mujeres internadas en los campos. De esta manera, ellas podrían ocuparse en la confección de ropa

---

76. Carta de Dorothy Morris a Richard Rees, 11 Jun 1940, b. 15, f. 72, p. 79-81. Archivo del AFSC. En Derby, n. 3, p. 116.

77. «La noticia del armisticio separado, primero rumoreada y luego confirmada oficialmente, obligó a la evacuación de todo el personal inglés (treinta personas) el 17 de junio. Con su marcha, el Comité de Servicio de los Amigos Americanos asumió la responsabilidad administrativa y financiera completa del cuidado de las personas desamparadas y sin hogar.

Con el esquelético contingente de personal restante, los trabajadores cuáqueros continuaron alimentando a los hambrientos, vistiendo a los andrajosos y atendiendo nuevas demandas de ayuda. Las líneas de demarcación trazadas en el armisticio dividieron Francia, como también los servicios cuáqueros, ya que la oficina de Burdeos estaba en la nueva zona ocupada, mientras que Toulouse, Montauban y Perpiñán quedaban en la zona no ocupada. Trabajar a ambos lados de la línea es la opción cuáquera y, con el permiso de las autoridades alemanas, los trabajadores cuáqueros pronto cruzaron las líneas para mantener la unidad de sus servicios dispersos». Annual Report – 1940. Filadelfia: American Friends Service Committee, [1941], p. 10-11. Para un relato fascinante de la labor que los cuáqueros seguían desempeñando en Francia, durante la Segunda Guerra Mundial, véase el trabajo de Gemma Caballer Albareda sobre la reconstrucción y repoblación de los pueblos franceses abandonados. Caballer Albareda, 2019, n. 7.

para sí mismas y para otros, con la posibilidad de ganarse un poco de dinero a cambio. Establecieron y equiparon 15 escuelas y centros de educación de adultos, además de colaborar en la creación de colonias para niños, fuera de los campos. Entre ellas destacaron la de Les Pastourelles, cerca de Toulouse, y la de Cadaujac (Aquitania). Gracias a su buen funcionamiento, el Ministerio del Interior francés les concedió subvenciones económicas<sup>78</sup>.

Con todo, el objetivo de los cuáqueros no era solo aliviar las necesidades inmediatas de los internados en los campos, sino sacar al mayor número posible de ellos y reubicarlos allá donde pudieran subsistir por sí mismos. Cuando se producía, este hecho era la causa de la mayor alegría para todos. Sin embargo, debido a una burocracia increíblemente lenta, errática y complicada, esta posibilidad era bastante infrecuente<sup>79</sup>.

En suma, la asistencia de los cuáqueros proporcionó un salvavidas a muchas de las personas que fueron encerradas en los campos. Los propios exiliados alababan públicamente a «unos hombres y unas mujeres que llevan la abnegación de hacer en silencio, sin aparatosidad ni pompa, el bien por el bien»<sup>80</sup>. El éxito de la empresa cuáquera fue debido a su flexibilidad, su capacidad de diálogo y su eficiencia empresarial, pero sobre todo a su compasión y su convicción de que el camino a seguir era enseñara las personas a ayudarse a sí mismas. ■

---

78. Caballer Albareda, 2019, n. 7.

79. Carta de Frida Stewart a su madre, junio 1939. Archivo de la autora del artículo.

80. X.Y.Z., n. 6, p. 21.

